

Manuel Calvo-Rubio Rojas

Los Calderón,
artífices de Los Mártires

Granada, 2025

© Manuel Calvo-Rubio Rojas
© Universidad de Granada
ISBN(e): 978-84-338-7608-9

Edita: Editorial Universidad de Granada
Campus Universitario de Cartuja
Colegio Máximo, s.n., 18071, Granada
Telf.: 958 243930-246220
[www: editorial.ugr.es](http://www.editorial.ugr.es)

Maquetación: Raquel L. Serrano Luque / Atticus Ediciones
Diseño de cubierta: Tarma Estudio. Granada.

Cubiertas anterior y posterior. - Instantánea del Carmen de Los Mártires.
La imagen se ha obtenido el 10-09-2019 en la web es.wikipedia.org

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

*A don Eduardo Rojas, lo hice abuelo y me apadrinó
con singular pasión que ha sido correspondida.*

*También a Mariana y a Isabella Alemanno Calvo-Rubio,
ésta mi ahijada única y aquélla la mayor de mis nietos.*

Siento un cariño inconmensurable por cada uno de los tres.

Agradecimientos

Estas páginas no habrían visto la luz, o en el mejor de los casos su contenido estaría notablemente mutilado, de no haber contado para escribirlas con la inestimable colaboración de ciertas personas e instituciones hacia las que me siento enormemente obligado.

Son éstas, en primer lugar, don José Antonio Ruiz-Rico, titular del Registro de la Propiedad número uno de Granada, quien, salvando las dificultades reprográficas, generosamente facilitó el historial registral de la hacienda de Jesús del Valle, clave que como hilo de Ariadna ha permitido desvelar, hasta ciertos límites, las vicisitudes no sólo patrimoniales de la familia Calderón. Por otra parte, he dispuesto de una pormenorizada y rigurosa información gracias al auxilio del Archivo Histórico de Protocolos de Madrid, dependiente de esa Comunidad, y del Archivo Histórico de Protocolos del Colegio Notarial de Andalucía, sede de Granada. No puedo omitir en esta relación a don Álvaro de Ulloa y Suelves, Marqués de Castro Serna y Conde de Adanero, ni a sus primos don Gilberto y don Fernando Díaz de Bustamante y Ulloa, quienes amablemente aclararon cuantas dudas les planteé, posibilitándome desistir de algunas precipitadas conclusiones. Tampoco he de olvidar a doña Carmen Pérez-Seoane Mazzuchelli ni a don Ramón Jordán de Urríes, vizconde de Roda, descendientes así mismo de doña María de la Concepción Calderón y Vasco; una y otro gentilmente me facilitaron determinadas imágenes de gran interés que se ofrecen en las páginas siguientes. Finalmente debo reconocer que este librito no habría resultado como es sin la ayuda de mi hermano Eduardo y de mis amigos José Luis Basagoiti, Clara de la Iglesia, María Antonia López-Burgos e Ignacio de las Rivas.

Proclamo mi agradecimiento hacia todos ellos y ruego al lector que, valorando positivamente estas páginas, no deje de considerar que una cuota muy importante del mérito les pertenece; si contrariamente el trabajo no obtuviere su aprobación, será mía la exclusiva responsabilidad del fracaso.

Índice

Preámbulo	13
I. En el Paseo de los Tristes.....	19
II. Camino de San Petersburgo.....	25
III. La Real Maestranza se cierra.....	37
IV. La Posesión de Los Mártires	45
V. Jesús del Valle o Valparaíso	53
VI. El abuelo, don Juan-Manuel Vasco y Sarría	59
VII. Doña Paquita.....	65
VIII. Isabel II en Granada (1862)	73
IX. El palacio de Recoletos; fallece don Carlos Manuel.....	81
X. La Herencia de don Carlos Manuel Calderón	93
XI. En el cuartel de San Jerónimo.....	101
XII. Rusia y doña Leonor	109
XIII. La Revolución y la licencia de don Carlos	119
XIV. La Guerra Carlista	127
XV. Doña Josefa Vasco fallece en Bonn.....	137
XVI. París	145
XVII. El Final.....	151
Unas consideraciones	163

Bibliografía.- En realidad no existe una bibliografía específica sobre el tema de este trabajo. Las publicaciones que, puntualmente y de forma parcial, han sido tomadas en consideración están cumplidamente detalladas en las notas del texto.

Preámbulo

En 1881, al despuntar un día de septiembre, José Martínez Ruiz, niño de ocho años, partió de Monóvar; viajaba con su baúl en un carruaje agrícola y se encaminaba a Yecla para ingresar en el internado que los PP Escolapios regentaban en esa ciudad murciana. Allí estudió el curso que se iniciaba y siete más consecutivos. Veintidós años después de ese viaje inolvidable para él y próximo a convertirse en *Azorín*, José Martínez Ruiz escribió *Las Confesiones de un Pequeño Filósofo*, librito, impregnado de sobria melancolía, que recoge vivencias de su infancia y reflexiones sobre ellas; unos episodios del libro están relacionados con la familia y otros con el colegio.

Corrí parecida suerte académica y durante nueve años cursé en el internado de San Estanislao que los Jesuitas mantenían en el malagueño barrio de El Palo. Un lugar privilegiado que don José Ortega y Gasset definió como «el imperio de la luz». En segundo curso de bachillerato vino casualmente a mis manos *Las Confesiones de un Pequeño Filósofo*; lo leí con precoz fruición y me cautivó. El libro me enseñó a disfrutar de momentos en los que, sin compañía, volaba con la imaginación y soñaba; esa inclinación arraigó en mí, fue a más y hoy aún pervive.

En la adolescencia, durante las tardes de los días festivos cuando el colegio quedaba casi desierto, ocasionalmente me perdía dentro del internado por lugares recónditos, a veces prohibidos, y aislado daba suelta a mis pensamientos. De entre todos los posibles destinos de esas escapadas sentía predilección por la solitaria biblioteca, clausurada hacía años. La espaciosa estancia de alto techo ocupaba parcialmente las plantas segunda y tercera del cuerpo central del edificio y sus librerías de madera, dispuestas en varios niveles, se comunicaban por escaleras también de madera. La sala servía además como accidental almacén de algunos muebles valiosos y presentaba moderadas deficiencias de orden y de limpieza; estas circunstancias la hacían aún

más atractiva para mí. Precisamente en esa decadente biblioteca y cursando sexto año de bachiller, un sábado por la tarde, cuando el sol de abril empezaba a caer, encontré lo que para mí resultaría un pequeño tesoro; yacía en el fondo de un plúteo, no sabría decir si accidentalmente extraviado o deliberadamente escondido. Era un pequeño cuaderno, lo formaban cincuenta y dos cuartillas, cosidas por uno de sus bordes largos, sin numerar y manuscritas en ambas caras a excepción de la primera que servía como cubierta. Esa hoja estaba considerablemente mutilada, había perdido por un desgarró el tercio superior; en su centro, rotuladas a mano, se leían las palabras *El General don Carlos Calderón*, sin duda se trataba de un título; más abajo y ajustada al margen derecho aparecía la data «Miraflores del Palo, Junio de 1916». Examinada con atención, me pareció una obra extraña. Las primeras páginas estaban manuscritas con estilo y caligrafía absolutamente regulares; letra menuda pero clara, renglones tupidos y márgenes escasos. Sin embargo completada la vigésimo primera hoja, esa disciplina formal súbitamente quebraba, dando paso a una serie de notas redactadas por la misma mano aunque con letra, algo más dilatada y menos perfecta, que denotaba cierta premura en la ejecución. Esas notas realmente constituían un guion o esquema y no obstante resultar un tanto deslavazadas permitían seguir el hilo del discurso. La singular estructura del manuscrito hacía pensar que el autor hubo de interrumpir su tarea y pretendió dejar constancia de lo que aún le quedaba por redactar.

Era evidente que aquel ejemplar no estaba catalogado, no pertenecía a la biblioteca y carecía de dueño; probablemente, mucho tiempo atrás, alguien, que en su día formó parte del Colegio, lo dejó allí inadvertidamente o acaso de forma intencionada. No había rastro de quien lo escribió; puede que pretendiese permanecer en el anonimato o quizá su nombre figuró en el trozo de tapa extraviado. Tras esas consideraciones decidí apropiarme del hallazgo, que a nadie participé.

Desde aquel momento la figura de don Carlos María Calderón y Vasco me acompañó de forma constante. A lo largo del tiempo, aunque con intervalos irregulares, leí reiteradamente el manuscrito y tanta fue mi aplicación que, sin pretenderlo, llegué a memorizar su contenido. Esas lecturas también vinieron a corroborar mis iniciales apreciaciones en cuanto al incierto origen del cuadernillo y a su condición de *res nullius*. No resistí la tentación de indagar sobre el personaje y su entorno, mas lo hice de forma un tanto anárquica, según lo permitían mis deberes y compromisos. La progresiva información allegada venía a robustecer mi opinión de que aquellas cuartillas eran obra de alguien muy cercano a don Carlos, que sobradamente lo conocía. Pronto sospeché que el autor pudiera ser Luis Robledo, el fiel ayuda que le

acompañó hasta el final y de quien no se volvió a tener noticia tras la muerte del general; sin embargo estos pensamientos míos, lejos de ser concluyentes, no pasan de suposiciones ante la posibilidad de que el narrador, sembrando confusión, hubiere pretendido emboscarse.

Desgraciadamente, siendo yo estudiante universitario, el manuscrito se perdió para siempre durante una de mis ausencias de la casa paterna; el extravío no tuvo más consecuencia que mi natural enojo y no menoscabó el interés que sentía por el personaje; me atraía con fuerza su deslumbrante, turbulenta y también azarosa vida; y digo azarosa porque don Carlos fue víctima de sí mismo; en todo momento su conducta estuvo sometida a principios, y también a prejuicios, férreamente asumidos; y esa tiranía lo incomodaba con frecuencia. Que sepamos no fue padre, al parecer ni siquiera intentó fundar una familia, y no dejo de preguntarme si llegó a conocer el amor.

Don Carlos María Calderón y Vasco era un hombre excepcional; ciertamente no constituye una figura transcendental pero no es menos cierto que entre los de su época y clase fue un individuo marcadamente singular; su vida resultó una vertiginosa y brillante aventura, inspiró a Valle Inclán el personaje del *Marqués de Bradomín*, mereció la atención de Melchor Fernández Almagro o la de Ramón J. Sender [1] y hoy en día, de cuando en vez, aún emerge en diarios y revistas. Pero esas múltiples atenciones nunca pasaron de fugaces instantáneas o ligeras pinceladas; y entiendo que no estaría de más considerar el perfil de don Carlos con algún detenimiento.

No obstante, es obligado reconocer que si todavía se habla de Carlos Calderón y en el futuro continuare haciéndose, la razón de tal pervivencia estriba fundamentalmente en la vinculación de ese nombre con el paraíso que a mediados del siglo XIX se erigió en Granada y que es conocido como *Carmen de Los Mártires*. Hemos de admitir por otra parte que don Carlos Manuel Calderón y doña Josefa Vasco no sólo trajeron al mundo a don Carlos María sino que además fueron los artífices del deslumbrante ambiente en el que éste escenificó su fascinante vida; y no es menos cierto que el admirado carmen fue el elemento más emblemático de los varios que conformaron el esplendoroso decorado.

Llegado a la jubilación, disponiendo de tiempo y siendo permisivo, puede que indebidamente, con ciertas veleidades literarias que desde siempre latieron en mi cabeza, he intentado continuar la tarea que el anónimo autor dejó inconclusa. Apoyándome descaradamente en su trabajo, ha sido mi propósito culminar la narración del ignoto biógrafo, agregándole algunos hallazgos propios; con tal disposición de ánimo compuse estos folios. En atención a esas circunstancias, el desconocido autor

es el único narrador formal del relato cuyo inicio, al margen de eventuales lapsus que en cualquier caso serían leves, es literalmente suyo; me limité a transcribirlo fiándome de la memoria y con el apoyo de mis múltiples anotaciones. Seguidamente he desarrollado el guion por él esbozado, tratando de adoptar su estilo no obstante resultar éste un tanto trasnochado; y cuando algún elemento por mí aportado habría resultado anacrónico en un documento con data de mil novecientos dieciséis, se ofrece mediante la oportuna nota o bien, bajo la rúbrica «Unas Consideraciones», al final de las páginas que siguen.

He procurado, dudo si con éxito, que aun haciendo caso omiso de esas llamadas, tan indigestas para algunos, la lectura de estas páginas resulte coherente y no deje aparatosas fisuras; buscando este resultado, se han incluido en el cuerpo del escrito algunos textos cuya natural ubicación estaría en una nota. Así mismo y por las razones que más arriba acabo de exponer, se ha sustituido el título que el anónimo escritor asignó a su trabajo por otro, *Los Calderón, artífices de Los Mártires*, alusivo a la singular posesión y al conjunto de la familia; una estirpe que de manera súbita floreció con brillantéz y que a partir de esa eclosión sólo durante dos generaciones conservó el apellido. Pasaron como pavo real que entra en escena con sigilo, abre su exuberante rueda y hace luego discreto mutis por el foro.

En realidad este librito se limita a recopilar cuanta información sobre los Calderón pude allegar, hilvanada, conforme al guion marcado por el manuscrito, con una moderada dosis de ficción. No todos los personajes que surgen en las siguientes páginas son rigurosamente históricos; sí lo son quienes tienen un papel relevante; al tiempo he procurado ajustar a la realidad aquellos elementos de lo narrado que son susceptibles de constatación objetiva. No puedo afirmar lo propio respecto de los concretos pormenores de las situaciones descritas, ni de la forma en que se manifiestan los sentimientos, las grandezas y las bajezas de quienes aparecen en el relato; espero sin embargo no haber distorsionado la imagen que de cada uno de ellos nos ha legado la tradición, oral o escrita. Como advirtió don Benito Pérez Galdós [2], la ficción verosímil si se ajusta a la realidad documentada puede resultar más histórica que la historia misma.

Santander, 13 de octubre de 2019

[1] Melchor Fernández Almagro dedicó a la figura de don Carlos Calderón y Vasco un artículo publicado por el diario ABC, en Sevilla y Madrid, el día 15/10/1955, bajo el título «BRADOMINES», que logró considerable difusión y sobre él volverá este libro. Menos conocido es el de Ramón J. Sender, con don Carlos Calderón como personaje principal aunque titulado «MME. DE THEBES», que la revista DESTINO incluyó en su número 1821 del mes de agosto de 1972; con indudable calidad, relativa extensión e ilustrado por algunas fotografías, no está exento sin embargo de ciertas inexactitudes; se trata en realidad de una recreación literaria del relato sobre la muerte del general Calderón que había recogido el conde de Melgar en sus memorias; libro éste que será reiteradamente considerado en las páginas que siguen.

[2] El Terror de 1824. Episodios Nacionales nº 17, Segunda Serie. Final del capítulo V.